

FÉLIX G. MODROÑO

LA

SANGRE

DE LOS

CRUCIFICADOS



algaida



© Félix G. Modroño, 2007
© Algaida Editores, 2007, 2016
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9067-678-3
Depósito legal: SE. 1161-2016
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRÓLOGO: Una noche triste.....	11
CAPÍTULO I: La llamada del obispo	17
CAPÍTULO II: En busca de la cruz	53
CAPÍTULO III: La cueva de Salamanca	87
CAPÍTULO IV: Por tierras encantadas	123
CAPÍTULO V: El secreto de Carlos II.....	159
CAPÍTULO VI: El corazón de la Reina.....	195
CAPÍTULO VII: Los cuadros del pintor	231
CAPÍTULO VIII: El portugués	265
CAPÍTULO IX: El castillo de San Jorge	301

APÉNDICES

Confidencias del autor	337
Relación de personajes históricos	343
Glosario de términos de germanías	345
Cronología	347

A mi hija Ana

PRÓLOGO

UNA NOCHE TRISTE

UN VIEJO CARRO, LLENO DE PAJA, TRATABA DE RECORRER sigiloso el entramado de calles que conducía a la zona alta de la ciudad. El aliento del caballo percherón que tiraba de él se difuminaba en la tiniebla, propiciada por una funesta luna nueva.

El cochero contuvo la respiración cuando una de las ruedas chocó con una piedra y rompió el silencio estrepitosamente. Atenazado por los nervios, optó por detenerse. Esperó unos segundos para agudizar el oído. Por fortuna, sólo percibió los sonidos que procedían de su desacompasado corazón. Jadeó despacio para intentar relajarse y prosiguió su camino.

Había entrado en el recinto amurallado a última hora de la tarde, justo antes de que se cerraran sus puertas, y aguardado a que la gente se recogiera en sus casas. Ahora se hallaba próximo a su destino y no era el momento de ser descubierto.

Por fin distinguió, entre la penumbra, la inconfundible silueta de la catedral. Se apeó con el fin de dirigirse

a la entrada norte. La verja estaba abierta. Cruzó la explanada para empujar con decisión el portón, pero éste no se movió. Salió del patio y encaminó sus pasos a la fachada sur. Subió las escaleras y repitió la operación, obteniendo idéntico resultado y constatando la imposibilidad de acceder al templo. Su ligera mueca de fastidio evidenció que se lo esperaba, así que actuó como tenía previsto.

Asió las riendas de su caballo y lo guio lentamente hacia la vecina casa del obispo. Se encaminó a la trasera del carro y retiró parte de la paja que llevaba, hasta que aparecieron una cabeza y unos brazos. Acopió fuerzas y tiró de las axilas, despacio. El bulto era pesado; sin embargo, tras unos minutos tensos y delicados, fue capaz de depositarlo en el suelo con suavidad, casi con mimo.

El hombre se restregó los ojos, irritados por el sudor, mientras una sonrisa agrídulce revelaba su satisfacción por el trabajo bien hecho. Ya sólo faltaba huir de manera presta y silenciosa. En tanto se alejaba, camino de su refugio, le inquietó la idea de que alguien pudiera descubrir su carga antes que el personal al servicio del obispo. Meditó unos instantes y decidió regresar andando. La noche seguía apacible. Al rato, dejó caer tres veces el elegante llamador de bronce de la residencia episcopal para esconderse entre las sombras. Los aldabazos retumbaron secos y recios en el interior.

Una vela resplandeció tenuemente a través de una de las ventanas de la planta baja. Poco después, la puerta se abrió y un joven criado se asomó. Miró a un lado y a otro de la calle. La falta de luz era total por lo que le resultaba complicado vislumbrar movimiento alguno. El

obispo tenía dadas instrucciones de atender a quienes acudieran a su casa, fuese la hora que fuese, y no era demasiado raro que, con relativa frecuencia, familiares de moribundos se presentasen de forma intempestiva solicitando una extremaunción urgente.

—¿Quién va? —preguntó el muchacho.

Aguardó el tiempo suficiente para cerciorarse de que allí no había nadie. Ante la carencia de respuesta, bajó la mirada antes de girarse para volver a la cama. Fue entonces cuando lo vio. Tragó saliva como pudo a la vez que se le aceleraba el pulso. A sus pies creyó distinguir el cuerpo rígido y casi desnudo de un hombre. El chico dudó. En principio, pensó que debía de tratarse de un cadáver. Estimó que lo más sensato sería avisar a otros criados. Sin embargo, su curiosidad pudo más que la prudencia y decidió acercarse para examinarlo.

El joven se agachó y palpó una pierna. Su sorpresa fue mayúscula al comprobar que estaba hecha de madera, al igual que el resto de su anatomía. ¡Se hallaba ante una efigie! Se sintió más tranquilo al darse cuenta de que no se encontraba delante de ningún finado. Pero, ¿qué clase de estatua era aquélla? Elevó la palmatoria para obtener una visión más completa. En ese preciso momento, se percató de que representaba a un Cristo de tamaño natural con los brazos en cruz.

Mientras tanto, el cochero que había contemplado toda la maniobra agazapado tras la oscuridad, desapareció cautelosamente sin dejar rastro, esta vez ya más satisfecho.

La brisa del río acentuaba sus caricias a medida que avanzaba la madrugada. El sirviente, empujado por una

fuerza que emanaba desde las entrañas de su alma, sintió la necesidad de escudriñar más a fondo la imagen. Sin saber por qué, el desasosiego le atravesó la espalda para instalarse en su nuca. Acercó la mano dubitativamente a la cara de la figura. La diminuta llama azulada de la vela también tembló. El muchacho no pudo evitar que su garganta emitiera un grito ahogado de horror. ¡Aquel crucificado tenía el rostro de su amigo Manuel, torturado y asesinado tres meses atrás!

CAPÍTULO I

LA LLAMADA DEL OBISPO

LOS ÚLTIMOS DESTELLOS DE SOL ROZABAN CON ternura la cúpula gallonada de la catedral de Zamora. Fernando de Zúñiga dejó escapar un suspiro de alivio cuando la avistó. Había decidido acudir a caballo a la llamada del obispo y se estaba arrepintiéndose. Las casi once leguas recorridas desde Salamanca le empezaban a pasar factura en sus doloridos huesos. «Debía haber venido en carruaje», pensó. Sin embargo, su resistencia a afrontar el paso de los cuarenta y ocho años vividos y la urgencia de la escueta misiva recibida el día anterior, le habían animado a realizar el trayecto de la manera más rápida.

Ruego la presencia en esta ciudad de vuestra merced por un asunto de suma importancia para los intereses del cabildo. Seréis convenientemente recompensado.

*Alfonso de Balmaseda.
Obispo de Zamora*

Don Fernando no conocía personalmente a don Alfonso pero la relevancia de su cargo le indujo a acudir a la cita con presteza. Sabía de él que llevaba tres años, desde 1679, al frente del obispado y que sus relaciones con la nobleza no se podían calificar, precisamente, como cordiales. El distanciamiento se había agravado con las discrepancias entre nobles, regidores y canónigos sobre su correcta ubicación en los asientos del coro de la iglesia en la festividad de San Pablo, pocos meses después de la llegada de monseñor Balmaseda. Quizás solicitaba su intercesión para conseguir la confianza de los señores de la ciudad. Era posible que hubieran llegado a oídos del obispo sus dotes diplomáticas y la facilidad para llegar a acuerdos al más alto nivel.

Fernando de Zúñiga buscó el puente de piedra para cruzar el Duero. No había vigilancia en la torre sur así que inició su travesía. Ralentizó el trote de su caballo para persignarse en la cabaña que cobijaba el oratorio de la Virgen de la Guía, ubicada sobre el arco central. Se detuvo en la torre norte, antes de que un soldado le echara el alto.

—A la paz de Dios —saludó uno de los dos vigías que custodiaban la entrada.

—Buenas tardes tengan vuestras mercedes —contestó don Fernando.

—¿Qué os trae por la ciudad?

—Vengo a petición del obispo —explicó don Fernando.

Sacó del hatillo un sobre vacío con un sello lacrado y se lo entregó al guardia. El Cordero de Dios con la bandera triunfante de Cristo constituía el escudo de armas

del cabildo. El vigilante lo examinó y se lo devolvió mientras se apartaba para dejarle paso.

El caballero entró en la ciudad por la puerta de San Pedro y bordeó la muralla por el interior. Se dirigió directamente a la residencia episcopal, una preciosa casa construida sobre las peñas de Santa Marta. Golpeó con vigor la aldaba y al cabo de unos instantes le abrió uno de los sirvientes.

—¿Qué se le ofrece a vuesa merced? —preguntó el criado.

—Soy don Fernando de Zúñiga, vizconde del Castañar y doctor en medicina de la Universidad de Salamanca. He sido requerido por el señor obispo. Por favor, infórmale de que ya estoy aquí —respondió don Fernando en tono arrogante pero educado.

—Don Alfonso nos había advertido de vuestra visita aunque desconocíamos que ésta fuera tan inminente. Pasad, por favor, no os quedéis en la puerta. Un mozo se ocupará de vuestro caballo —le invitó el criado.

La estancia era amplia pero sobria. Las ventanas del fondo proporcionaban la escasa claridad que iluminaba, no sin esfuerzo, las paredes de piedra.

—El señor obispo se ha sentido indispuerto y se ha retirado a sus aposentos. De todos modos, voy a avisarle de vuestra llegada —prosiguió el criado.

—Espero que no sea grave la dolencia —comentó el vizconde.

—No, nada de eso. Un dolor de cabeza provocado por sus constantes preocupaciones. Esperad un momento en aquella sala del fondo.

—No es necesario que le molestes. Mañana será otro día —comentó el vizconde sin mucho convencimiento, mientras atravesaba el pasillo.

—No quisiera contradecir a vuesa merced pero al señor obispo le gusta estar enterado de cada pequeño detalle que acontece en su casa. Además, seguro que le alegrará saber que ya estáis aquí. Vuelvo inmediatamente —dijo el criado.

Don Fernando estaba cansado; sin embargo, prefirió no sentarse. Se acercó a una de las ventanas, aunque apenas le dio tiempo a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. El criado entró enseguida.

—De día disfrutaréis mejor de las vistas. El señor obispo me ruega que os solicite disculpas y que os comunique que mañana estará en perfectas condiciones para recibirlos. Me ha pedido que os agradezca vuestra presencia —dijo el criado.

—Está bien —contestó el vizconde, ligeramente contrariado.

—Os ruego me sigáis a la habitación de huéspedes donde podréis descansar hasta que seáis recibido por Su Ilustrísima, mi señor.

El criado acompañó al invitado subiendo las escaleras que conducían a las estancias del primer piso.

—Que paséis una buena noche. Abrigaos bien que, a pesar de estar a mediados de septiembre, la humedad del río es traicionera —sugirió el lacayo.

—Gracias, ¿cuál es tu nombre? —preguntó don Fernando.

—Pelayo, señor —respondió el criado, inclinando la cabeza.

—Pues gracias, Pelayo. Haré caso de tus recomendaciones.

El sirviente se retiró y el vizconde del Castañar se sentó en la cama, bajo el dosel. Se trataba de un cuarto sencillo, como el resto de la casa, aunque la calidad del escaso mobiliario delataba la disimulada opulencia en la que debía de vivir su dueño. La cama era de madera, en la mesilla había una lámpara de aceite y bajo la ventana, un elegante banco donde dejó el hatillo. Sobre una de las paredes colgaba un pequeño crucifijo junto a un cuadro de la Inmaculada. A pesar de la amabilidad de Pelayo, pensó que el recibimiento tenía que haber sido un poco más hospitalario. Se acababa de pasar el día cabalgando para llegar urgentemente a la cita y ni siquiera le estaba esperando un plato de sopa caliente. Intentó no darle más importancia al hecho. Sacó de su bolsa una hogaza de pan y unos trozos de queso que le habían sobrado del camino y se los comió. Decidió no abrir la ventana para evitar que se colara algún visitante desagradable; no podía remediar su aversión a los insectos. Además era noche cerrada y el paisaje estaba ya velado. Se quitó la ropa y se puso el camisón, sin el que le resultaba difícil dormir.

Las agujetas y los recuerdos le impidieron conciliar rápidamente el sueño. Echó la vista atrás y sintió una rara sensación de nostalgia y orgullo. Su posición le proporcionaba la oportunidad de viajar asiduamente a la Corte. La pericia en su profesión le valía el ser reconocido por la madre del rey, doña Mariana de Austria, o al menos eso suponía. Sin embargo, no se engañaba y sabía que más que su habilidad como médico, era su discreción lo que le

había facilitado la obtención del título de nobleza del que hacía gala. Era el único varón que conocía el secreto de Carlos II y no ignoraba que aquello podía costarle la vida. Esperaba que mientras el rey viviese, él también lo hiciese. «Quizás debería aceptar el nombramiento de médico real», se repetía con frecuencia. La salud del monarca era extremadamente delicada y su presencia en Madrid podría ayudar a la supervivencia del rey. Sin embargo, también sabía que los celos y las envidias que despertaba entre aquellos médicos latinistas que pululaban por la Corte no constituirían la mejor ayuda para ejercer su labor con libertad y tranquilidad.

DON FERNANDO SE DESPERTÓ CUANDO LAS PRIMERAS LUCES del alba acompañaban los gorgoritos del gallo del corral de la vivienda. Se vistió con parsimonia; primero las medias, luego las calzas botargas, el jubón con las mangas atacadas, el cinturón de cuero y las botas negras, al igual que el resto de su ropa. Hacía muchos años que no llevaba nada que no fuese de ese color. A pesar de que su intención era otra, bien distinta, su indumentaria llamaba la atención. Se distinguía por no usar alambre ni almidón en sus golillas siempre terminadas en pico, caídas sobre sus hombros e irremediamente negras. Su aspecto no hacía más que reflejar la eterna tristeza que se le adivinaba en el rostro y en su corazón. Se ajustó el tahalí para envainar la espada y tras embozarse la capa y calarse el chambergo, bajó al comedor donde don Alfonso de Balmaseda le estaba esperando. El obispo era un hombre sonrosado, algo orondo y de mediana estatura. La profundidad de sus ojos grises se clavó en la figura del vizconde. Éste inclinó levemente la cabeza y se acercó a su anfitrión a la vez que se descubría.

—La paz del Señor sea con vuestra merced —saludó sonriendo el obispo.

—Que así sea. Buenos días tenga Vuestra Ilustrísima —contestó el profesor, mientras le besaba el anillo—. Veo que os gusta levantaros temprano.

—A quien madruga, Dios le ayuda y bien sabe el Señor que estoy necesitado de ella. Así que por madrugar

no va a quedar. Disculpad el recibimiento tan frío de anoche... pero... sentaos y tomad algo —invitó el obispo.

—No tiene mayor importancia —contestó obligado el vizconde, acomodándose en la mesa.

Sobre el mantel, estaban dispuestas algunas bandejas con tortas, bizcochos y pan recién horneado. Una criada se acercó con una chocolatera de cobre.

—¿Quiere chocolate el señor? —preguntó.

—Gracias. Sí, por favor. Con leche caliente —solicitó don Fernando.

La joven le llenó la jícara de porcelana y volvió de la cocina con una jarra de leche hirviendo. El vizconde rodeó la vasija con sus manos y acercó la nariz con falso disimulo. La bebida estaba espesa y aromatizada con canela, como a él le gustaba. Cerró los ojos y dio un ligero sorbo. Lo mantuvo durante unos instantes en la boca y lo tragó lentamente.

—Veo que os gusta el chocolate —dijo el obispo, sin dejar de sonreír.

—Sin duda, lo mejor que hemos traído de las Indias. Mucho mejor que los galeones de oro. El dinero terminará acabándose pero el chocolate lo disfrutaremos durante siglos —vaticinó el vizconde, medio en serio, medio en broma.

—He oído decir que Su Majestad es, también, un gran aficionado —dijo el obispo.

—Así es —respondió el vizconde, sin querer extenderse en la contestación—. Toda la Corte lo es.

A pesar de no residir en Madrid, don Fernando quizás fuese la persona que más conocimientos tenía sobre la

salud del monarca. Y aunque la adicción al chocolate de Carlos II fuese *vox populi*, don Fernando prefería pecar de discreto sobre todos los asuntos referentes al rey. De esta manera, jamás podría escapársele una frase de la que tuviera que arrepentirse. Monseñor Balmaseda se percató de la parquedad del vizconde y cambió de conversación.

—Os agradezco, de nuevo, que hayáis acudido tan pronto a mi llamada —comentó el obispo con un semblante más serio.

—No podía ser de otra manera. Pero ¿en qué puedo ayudaros? Hasta Salamanca han llegado noticias de vuestras desavenencias con los señores de la ciudad pero yo aquí apenas tengo relaciones; si hubiera sido en mi ciudad o en la Corte...

—No es nada de eso —le interrumpió el obispo—. No os he hecho llamar por vuestra capacidad diplomática que ya sé que la tenéis. Sino por otra que, en estos momentos, necesito más.

—¿A qué os referís? —preguntó el vizconde, sospechando la respuesta.

—Hasta mis oídos han llegado noticias de que vuestra merced es especialista en el estudio de enigmas —dijo el obispo.

—Bueno... —dudó don Fernando—. Digamos que he tenido la oportunidad de intervenir en algunos casos en los que la superstición intentaba ganar la batalla al sentido común.

A pesar de la sencillez que contenían sus palabras, el tono de las mismas mostraba el orgullo que le ocasionaba la resolución de algunos misterios. Sus conocimientos de

medicina y de ciencias ocultas así como su secreto escepticismo religioso constituían los ingredientes perfectos para desenmascarar brujas y nigromantes. En los círculos eclesiásticos era conocida su amistad con don Diego Sarmiento de Valladares, el Inquisidor General, lo que provocaba respeto y envidia a partes iguales.

—¡Por Dios, don Fernando! Me han dicho que vuestra perspicacia es extraordinaria —dijo el obispo.

—Me halagan vuestras apreciaciones. Pero no soy un experto en la materia. Simplemente, he tenido suerte en algunas ocasiones —respondió el vizconde, con falsa modestia—. Pero, decidme, ¿qué puedo hacer por Vuestra Ilustrísima?

—Ya veo que conocéis mis problemas con la nobleza zamorana, lo que me sorprende por lo bien informado que estáis. Por otra parte, las arcas del cabildo están pasando por un mal momento: la devaluación del real realizada por el duque de Medinaceli no nos ha hecho bien alguno; pero es que además las aceñas, que las tenemos arrendadas a maquila, han sufrido dos inundaciones en los últimos años y para colmo éste apenas ha llovido, por lo que la cosecha de trigo ha sido desastrosa. Como veis, no puedo permitirme un escándalo como el que podría estallar.

El vizconde consideró que ya había tomado suficientes bizcochos y que el obispo estaba, realmente, preocupado. Así que apartó ligeramente la taza y quiso demostrar su interés.

—¿Algo grave? —preguntó don Fernando.

—Pues aún no lo sé. Es, precisamente, en este asunto donde vuestra merced tiene que intervenir. Ne-

cesito que identifiquéis y encontréis a un asesino —sentenció el obispo—. Lógicamente, os pagaré por vuestro trabajo, diez mil reales ahora y veinte mil más cuando terminéis.

—¿Un asesino? —preguntó don Fernando, turbado por la importante suma de dinero.

—Venid, por favor. Acercaos a la ventana —rogó don Alfonso.

A pesar de que el río Duero traía poco caudal, la vista era muy hermosa. El tono azulado de sus aguas contrastaba con el adusto color del adobe de las casas ubicadas extramuros; entre ellas, la espadaña de la iglesia de San Claudio se erguía con elegancia. En las aceñas de Olivares se observaba cierta actividad y las lavanderas también habían madrugado.

—Mirad, ¿conocéis esa iglesia? Junto a la puerta principal, se encontró muerto hace tres meses a un hombre, desangrado, con una extraña herida en el cuello —prosiguió el obispo—. Ahora os ruego que me acompañéis.

El prelado salió de la casa y cruzó la calle para subir las escaleras de la puerta sur de la catedral; Pelayo y don Fernando le siguieron. Entre las rejas del coro y las del altar, se levantaba un impresionante andamiaje. En su cúspide, unos hombres trabajaban bajo la cúpula.

—¿Qué están haciendo? —quiso saber el vizconde, invadido de curiosidad.

—He ordenado colocar un rosetón y pintar los gallones —dijo el obispo.

—¿Son dorados? —preguntó el vizconde, procurando ocultar su desagrado.

—Así es. Los nuevos cánones, querido amigo —contestó el obispo, dándose cuenta de la reacción de don Fernando y tratando de justificarse.

El vizconde se encogió de hombros y no hizo ningún otro comentario. Sortearon la estructura de madera y cruzaron la reja que daba paso al presbiterio. Pelayo introdujo la llave en la cerradura para entrar en la sacristía. La puerta de acceso era, por sí misma, una obra maestra. Realizada en nogal, al igual que la sillería del coro, estaba labrada con singular pericia. San Pedro, con las llaves en la mano y San Pablo, con su espada, custodiaban el recinto como si del cielo se tratara. Parecía que, en cualquier momento, pudieran cobrar vida para impedir la entrada de intrusos. Sobre ellos, el escudo del obispo Valdés y el del cabildo. Don Fernando se quedó absorto contemplando la puerta hasta que monseñor Balmaseda le llamó desde dentro. La sacristía albergaba cuadros y otras obras de arte entre las que destacaba una bellísima talla de madera de Jesús crucificado, de tamaño natural, apoyada contra la pared.

—Éste fue el hombre asesinado —dijo el obispo, señalando la imagen, sin poder disimular una media sonrisa ante el asombro de don Fernando de Zúñiga.

—No acabo de entender a Vuestra Ilustrísima —contestó el vizconde, tratando de no perder la compostura.

—Esta maravillosa escultura de Nuestro Señor apareció ante mi puerta hace un par de semanas. Al principio, la aceptamos como un precioso regalo de alguno de los artistas de la ciudad. Hemos indagado y nadie ha acep-

tado su autoría; cosa creíble porque ahora mismo no hay nadie en Zamora que pueda realizar una imagen como ésta. Como veis, no parece un Cristo castellano —dijo el obispo.

—¿En qué os basáis? —preguntó el vizconde—. Perdonad mi desconocimiento en la materia.

—No os preocupéis. En la actualidad, en la zona tenemos algunos santeros excepcionales. Conocen el gusto de las gentes del pueblo. Sus esculturas son muy emotivas pero carecen de calidad anatómica. Por el contrario, este Cristo tiene un cuerpo perfecto. Parece real. Sin embargo, no tiene el dramatismo descarnado que imprimen los artistas locales —comentó el obispo.

Don Fernando contempló durante unos instantes el crucificado. En efecto, desprendía realismo a borbotones. Era la imagen de la agonía, con la cabeza inclinada hacia arriba y los ojos aún abiertos. Si no recordaba mal, la mayoría de los crucificados antiguos que conocía tenían rostros tranquilos. Podría decirse que, incluso, transmitían serenidad. En cambio, los modernos parecían más reales como acababa de decir don Alfonso. Algunos incluso en exceso, pero todos los que se le venían a la mente eran sufrientes con los ojos cerrados.

—Sigo sin saber en qué puedo ayudaros —dijo el vizconde.

—Pelayo reconoció en esta imagen el rostro del hombre asesinado —dijo el obispo.

—¿De quién se trata? —preguntó el vizconde.

—Manuel Beltrán, nuestro herrador en las aceñas —aclaró, por fin, monseñor Balmaseda.

—Con permiso de Vuestra Ilustrísima —tomó la palabra Pelayo, que hasta el momento había permanecido callado—. No sólo yo he identificado a mi amigo Manuel. Ante el Cristo, han desfilado los molineros, el maestro aceñero, los mozos que recogen el grano por las casas y hasta el oficial del peso. Todos han coincidido en que tiene la cara del herrador.

Fernando de Zúñiga siguió observando con detenimiento la escultura. Se fijó en el cuello. Parecía que, junto al pelo que le caía sobre el hombro derecho, tenía una herida. Le recordaba mucho a otra imagen aparecida en circunstancias similares en la iglesia de los dominicos de Salamanca el año anterior. Le había llamado la atención que una anciana, a la que todos tomaron por loca, repetía una y otra vez que aquel crucificado era su hijo.

—¿Qué pensáis hacer con ella? Quizás sea la obra de un demente, ¿la vais a destruir? —preguntó sin pensar el vizconde.

—¡Ni hablar! —exclamó el obispo—. Pues no faltaba más que me acusaran de iconoclasta. El Cristo de Santa María la Horta se ha quedado anticuado y el párroco me comentó el otro día que están buscando uno nuevo pero no tienen dinero. Es posible que encarguemos una cruz y se lo hagamos llegar. Es una magnífica imagen, la cuidaremos y que sea el paso de los años quien dictamine sentencia sobre ella. Ahora os ruego que iniciéis vuestras pesquisas. En poco tiempo todo Zamora hablará del Cristo Herrador y es mi deber no quedarme de brazos cruzados y descubrir este misterio. Debéis averiguar lo antes posible si la persona capaz de crear tanta belleza es la mis-

ma que asesinó a Manuel Beltrán y si fue así, por qué lo hizo. Mi sirviente os acompañará en todo momento si lo deseáis y os dará más detalles del asunto. Que tengáis suerte, don Fernando.